

RADAR EN LA TORMENTA: LA PROBLEMÁTICA DE LA SELECCIÓN DE TEXTOS LITERARIOS INFANTILES

A Radar in the Storm: How to Choose Literary Texts for Children

Carmen Patricia PUJALTE IBARRA

U. Nacional del Nordeste

ppujalte@gmail.com

El motivo que nos ha convocado a lo largo de estas jornadas¹ fue la Literatura y específicamente la Literatura infantil; se han discutido varias perspectivas.

Se habló de que leemos con el corazón alado, que solamente demos a leer algo en lo que se nos vaya la vida; que para escribir, ofrecer o leer literatura se debe perder el miedo. El miedo al esfuerzo que exige leer Literatura, al del espacio vacío, al del sentido que todavía no es posible captar. Escuchamos que nos debatimos en espacios de tensión entre la escuela, la literatura, los niños y los mediadores, en concepciones de mundo que se interpelan y nos apelan. Hemos participado con fruición y curiosidad de talleres y charlas. Y lo extraordinario de estos días es que muchos nos vamos con más preguntas.

En este momento, deseo compartir con ustedes algunas consideraciones respecto a la problemática de la selección de textos. Un tema recurrente y en permanente discusión, ya que elegir es una tarea que demanda compromiso, responsabilidad y nos involucra en forma directa. No pretendo de ninguna manera dar respuestas, recetas ni revelaciones; solamente una punta de ovillo que los haga tejer sus propias tramas.

¹ Se refiere al II Congreso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, realizado en Mendoza, entre el 30 de mayo y el 1 de junio de 2012. Pujalte inicia la conferencia de cierre con estas palabras: "Permítanme, por favor, agradecer a las personas responsables de este Congreso que con tanta dedicación han logrado gestar esta oportunidad de encuentro. Me honraron con la invitación y me han regalado unos hermosos días de esta preciosa ciudad. Gracias por la hospitalidad".

Partiré de algunas precisiones: hablamos de seleccionar *literatura* para chicos, de elegir en el abundante universo de producciones literarias aquellas que, al decir de Lotman, se constituyen como “otra forma de pensar, otro sistema de modelación del mundo, la creación de otro mundo paralelo al mundo”, es decir, un universo virtual.

Esta cuestión preocupa desde la Antigüedad; ya en el siglo IV antes de Cristo, en el libro II de la *República*, de Platón, encontramos el siguiente diálogo entre Sócrates, Glaucón y su hermano Adimanto. Se inicia con una pregunta de Sócrates:

—¿Cuál será pues esa educación? ¿Será fácil encontrar una mejor que la establecida entre nosotros desde hace largo tiempo y que consiste en educar el cuerpo con la gimnasia y el alma por la música? [este término refiere a todas las artes, el conjunto de literatura, arte, canto y danza].

—No será fácil —dijo.

—Y antes que por la gimnasia, ¿no comenzaremos a educarlos por la música?

—Así lo pienso.

—¿Incluyes tú —pregunté— las narraciones en la música?

—Sí.

—Pero ¿no hay dos clases de narraciones, verídicas las unas y ficticias las otras?

—Sí.

—¿Y no servirán ambas para la educación, y en primer lugar las ficticias?

—No comprendo lo que quieres decir —respondió.

—¿No sabes —dije— que a los niños empezamos por contarles cuentos, y que éstos son ficticios, por lo general, aunque haya en ellos algo verdadero? Para educar a los niños nos valemos primero de los cuentos y después de la gimnasia. [...]

—¿Habremos de tolerar que los niños escuchen toda clase de fábulas imaginadas por el primero que llega y acojan en su espíritu ideas que en la mayoría de los casos son opuestas a las que nosotros juzgamos han menester cuando sean mayores?

—No hemos de tolerarlo de ninguna manera.

—Por lo tanto, debemos vigilar a los creadores de fábulas, escoger las buenas y rechazar las malas. Convenceremos a las nodrizas y a las madres de que cuenten a los niños las fábulas escogidas y que mediante ellas modelen sus almas, poniendo en la tarea mayor cuidado que el que ponen en formar sus cuerpos con ayuda de las manos. De las que ahora se cuentan, habrá que desechar la mayoría [Platón 205-207].

Más allá de que este argumento haya sido fundante en la justificación de entender y sostener una perspectiva didáctica en todos los textos dirigidos a los niños, y con énfasis en los textos de ficción, desde 25 siglos atrás ya se debatían estas cuestiones. ¿Será que pecamos de repetitivos, de falta de originalidad? O, en realidad, decidir qué ofrecer a nuestros chicos es verdaderamente un problema.

La obra literaria es una creación verbal, los pensamientos que se formulan en ella son inseparables del lenguaje que se utiliza y este lenguaje es portador de los valores propios de la sociedad que lo gesta. Si la vemos desde esa perspectiva, la obra literaria presenta tres funciones fundamentales: una *estética*, a partir del juego poético con la palabra; una *gnoseológica*, porque se constituye una forma de conocimiento y comprensión del mundo real; y otra *axiológica*, como transmisora de un sistema de valores y creencias de nuestra comunidad. Según Teresa Colomer, investigadora española reconocida a nivel internacional, la Literatura Infantil y Juvenil (L.I.J.) posee esas tres funciones fundamentales. En primer lugar, propicia el aprendizaje del lenguaje y de las formas literarias básicas que circulan en determinada comunidad, las que sustentarán en el futuro las competencias interpretativas a lo largo de la formación literaria; en segundo término, permite la incorporación de los niños y las niñas al imaginario de su colectividad; y, por último, pero no menos importante, favorece la socialización de las nuevas generaciones en los valores y conductas de su cultura, es decir, ofrece ciertas claves que utiliza una comunidad para reconocerse a sí misma y ver al mundo.

En este sentido, la experiencia estética infantil requiere, desde los adultos que intermedian entre ellos y los libros, de un compromiso responsable que ofrezca situaciones comunicativas propicias para construir mundos posibles, como propone Luis Sánchez Corral:

Que sirvan de contrapunto para transgredir y burlar las referencias de lo real, es decir, las restricciones características de la situación comunicativa pragmática dominante, aquella que es propia de los discursos no estéticos –moralizantes, religiosos, informativos, pedagógicos, persuasivos todos, en definitiva– mediante los cuales las personas adultas, obsesionadas sin duda por la búsqueda de la eficacia inmediata, establecen sus relaciones con los niños [90].

Si consideramos esos tres planos nombrados antes, resulta necesario distinguir cuáles son los aspectos que tendremos en cuenta para seleccionar los textos para niños, simplemente como una línea orientadora, como una estela que deja un barco en el océano y que nos indica, sutilmente que algo ha pasado por allí.

Dada la brevedad del tiempo disponible y en función de que se han discutido bastante las cuestiones referidas a los valores y a los conocimientos que se construyen desde y a través de los textos literarios, elegiré el primero de los aspectos nombrados más arriba, es decir, el estético.

Desde el punto de vista estético, parece una obviedad, pero no lo es; debemos elegir Literatura. Ya se ha sostenido este principio, este particular tipo de enunciación que se revela en la realidad creada por la escritura artística, en el estallido de los significados, en la multiplicidad de las interpretaciones. La naturaleza ficcional de lo literario permite a los chicos y las chicas desprenderse por un momento de la prosaica cotidianidad para instalarse en el espacio de la imaginación y la fantasía. El discurso de ficción desata toda su potencialidad semántica, tanto en las formas como en los contenidos que transmutan, se alejan o se desvían del lenguaje denotativo y unívoco. Me permitiré leer algunos ejemplos de lo que considero —y aquí asumo la responsabilidad de la elección— fragmentos literarios para niños.

“Un son para niños antillanos”, de Nicolás Guillén

Por el Mar de las Antillas
anda un barco de papel:
anda y anda el barco barco,
sin timonel.

De La Habana a Portobelo,
de Jamaica a Trinidad,
anda y anda el barco barco,
sin capitán.

Una negra va en la popa,
va en la proa un español:
anda y anda el barco barco,
con ellos dos.

Pasan islas, islas, islas,
muchas islas, siempre más:
anda y anda el barco barco,
sin descansar.

Un cañón de chocolate
contra el barco disparó,
y un cañón de azúcar, zúcar,
le contestó.

¡Ay, mi barco marinero,
con su casco de papel!

¡Ay, mi barco negro y blanco
sin timonel!
Allá va la negra negra,
junto junto al español;
anda y anda el barco barco,
con ellos dos.

También este otro, del libro *Canción y pico*, de Laura Devetach:

“No me duermo”

Es el miedo
tengo clavos en la cama
estoy deseando una fruta
que me rueda la garganta.
Despacito
digo uva
y por la u me gotea
el jugo de la mañana.

O este también “Dragón”, de Gustavo Roldán:

“Amor de Dragón” (fragmento)

Cuando los dragones se aman se desatan los maremotos, los volcanes lanzan un fuego endemoniado y los huracanes largan una furia que hace pensar que ha llegado el fin del mundo. Por eso a veces, para amarse sin molestar a nadie, vuelan hasta el cielo más alto, donde las estrellas casi están al alcance de la mano.

Y los dragones creen que el mundo queda en calma, pero se equivocan. Entonces caen rayos y centellas, el cielo parece desplomarse con truenos aterradores, las estrellas fugaces y los cometas de largas colas luminosas corren de un lado para el otro sembrando el pavor, y los tornados enfurecidos se tragan medio mundo.

O la luna o el sol parecen borrarse lentamente en el cielo y todos dicen que hay un eclipse, dando minuciosas explicaciones de cómo la tierra se coloca entre el sol y la luna o la luna delante del sol y etcétera, etcétera.

Vanas explicaciones. Las dicen los que nunca miran bien. Si mirasen bien verían claramente la figura de dos dragones que se aman y que van tapando la luz de los astros según se acerquen o se alejen.

Cada vez que alguien piense que está llegando el fin del mundo sólo tiene que abrir los ojos de mirar bien. Los ojos grandes de mirar lejos. Y no creer en tonteras. Pero eso no es nada fácil.

Habrà que preguntarse cómo se apropian los chicos de estos textos e indagar en la instancia de la recepción cuál es su rol en el juego estético, cómo se instalan en el pacto enunciativo, pero creo que esto sería motivo de otra charla. La única certeza que tengo es que el lugar en el que los ubica la literatura es el del placer estético, el goce de experimentar con la musicalidad de las palabras, con la posibilidad de crear universos con sus propias reglas.

Y renuevo mi memoria afectiva y me asalta el recuerdo de las interminables siestas de mi infancia. Todo en mi casa se volvía silencioso, reposado, y exigía a mi naturaleza, desde siempre movidiza, una permanencia antinatural en mi dormitorio, quieta, sola y callada. Instalada en una de las paredes de la habitación que compartía con mis hermanos había una biblioteca oportuna e incitante. Estaban al alcance de mis manos enciclopedias, libros de cuentos, revistas, historietas. Fue allí donde descubrí los libros y su compañía, muda para los demás y encantadoramente ruidosa para mí. Con disfrute goloso, recorría los dibujos, las fotografías, los mapas. Había también una gran cantidad de novelas y cuando las hojeaba me preguntaba cómo alguien podía entretenerse con eso, sin ilustraciones, sólo miles de letras. Empecé a pedir que me enseñaran a leer, me sentía excluida de ese territorio de palabras. Ante mi insistencia, me conformaron con un libro que estaba de moda: *Upa*, de Constancio C. Vigil, ahora considerado un clásico y con muchas reediciones. No sé cuándo, ni cómo fue, pero un día me di cuenta de que podía leer, ya no necesitaba pedir ayuda. Creo que ese habrá sido el momento en que se generó mi apetito crónico de palabras.

Después llegó la escuela, en el turno de la tarde (seguramente mis padres intuían que era mejor mantenerme ocupada y lejos en ese horario), y los libros de lectura y la lectura en voz alta, ante los compañeros, parada derecha, todos leyendo lo mismo, al mismo tiempo, mientras la señorita Eva escuchaba atenta para anotar en el cuaderno único, forrado con papel araña azul, el resultado de tal proeza.

Recuerdos que se precipitan en cascada y que seguramente incitarán en ustedes evocaciones de sus propias experiencias lectoras.

La justificación de esta evocación, poco académica, es porque resulta inevitable para una mujer adulta, docente, que trabaja con literatura, libros, estudiantes grandes y chicos, que además intenta comunicar alguna experiencia relativa a todo esto, no se traslade de inmediato a su propia historia como lectora, a las primeras incitaciones

de las lecturas. Como bien resaltan Bruno Bettelheim y Karen Zelan: “El poder mágico de la lectura [...] es una atracción irracional, pero una atracción que continúa conmoviéndonos durante toda la vida”.

Cada uno de nosotros, en mayor o menor medida, antes de instalarnos en el camino de lectores, recorrimos el de oyentes, tuvimos a nuestro alcance el abundante y formativo bagaje de la literatura de tradición oral en voces próximas a nuestro universo afectivo. En mi caso, voces amadas que agitaron mi imaginación y lograron transformar, entre susurros, mi habitación en un castillo encantado, en una casa de chocolate o en una buhardilla.

Y luego fue la lectura. La lectura de cuentos, poemas y fábulas, de mitos, romances y adivinanzas, de leyendas, rimas y canciones, que llegaron a mi vida por diversos atajos. Uno de ellos, la biblioteca de mi barrio, que tenía mesitas y sillas adecuadas a mi tamaño, enormes libros con ilustraciones y una bibliotecaria acogedora y paciente. Otro, los libros que me regalaban en mis cumpleaños, o los que heredaba de mis hermanos y primos más grandes. Otro más, el libro de lectura de la escuela. Otro, libros que alguien descartaba y yo recogía con ansiedad compulsiva. (Esto lo sigo haciendo. Mi casa es refugio de libros huérfanos). Múltiples lecturas que instalaron un espacio de ilusión y magia, un universo virtual donde era posible escapar de casa y vivir, por mucho rato, los destinos de otros.

Pero intentaba hablar de elegir, de optar, de decidir qué ofrecer. Desde hace al menos unos cincuenta años la cuestión del canon entra en conflicto y vibra entre las paredes de las universidades, las escuelas y las bibliotecas. Y esas vibraciones surgen de los choques en las profundidades de las placas tectónicas de lo que intenta consolidar una hegemonía, la escuela, y de un tipo de discurso que es por su propia naturaleza, transgresor y heterogéneo, la Literatura.

En principio, debemos desestimar la idea de que elegimos con criterios objetivos y atemporales. Estamos atravesados de humanidad y eso implica subjetividad. Las opciones surgen de las necesidades del momento, tanto de los individuos como de las comunidades. Elegimos literatura que nos interpela en un momento particular de nuestra existencia, y en el caso de los mediadores, para personas que están también en momentos particulares de sus existencias.

El proceso de selección de textos literarios es una actividad en permanente tensión, entre las subjetividades que participan del encuentro con el texto escrito y está condicionada por las normas, los prejuicios, la cosmovisión, de cada uno de los

actores; sin olvidar los procesos de selección donde han participado instituciones públicas, minorías dirigentes culturales, políticas y de mercado.

Si bien la lectura se adquiere en la escuela, sólo alcanzará su plenitud si se ejerce voluntariamente fuera de ella, por gusto, en un comportamiento habitual, en una búsqueda constante de puertas de acceso a horizontes cada vez más extensos, que fortalecerán la capacidad de comprender y actuar en situaciones nuevas y diferentes. Y cito a Bruno Bettelheim: “Lo que se necesita para hacer que el niño desee aprender a leer no es el conocimiento de la utilidad práctica de la lectura, sino la firme creencia de que saber leer abrirá ante él un mundo de experiencias maravillosas, le permitirá despojarse de su ignorancia, comprender el mundo y ser dueño de su destino” (56).

La Literatura posee un trasfondo provocador, defiende el derecho a la imaginación y transporta a la ensoñación, a la desobediencia, a la discusión; las pautas se revierten y las normas se rompen. Y gracias a esta contingencia que ofrece lo literario, es posible construir una forma de pensamiento original, divergente, imprescindible tanto para enfrentar un problema práctico, como para resolver una ecuación compleja. Pensar distinto de los demás siempre es un reto.

Debo concluir y me confío en que alguno de ustedes se haya preguntado el porqué del título “Radar en la tormenta”. Les aseguro que no fue pretencioso, no aspiro para nada ser alguien que los guíe, los oriente y los lleve a un lugar seguro. Se debe a que, si estamos hablando de literatura, deseo cerrar esta intervención con el siguiente texto:

“Radar en la tormenta”, de Alfredo Veiravé (Guauguay, Entre Ríos, 1938-Resistencia, Chaco, 1991)

Y alguna vez, no siempre, guiado por el radar
el poema aterriza en la pista, a ciegas,
(entre relámpagos)
carretea bajo la lluvia, y al detener sus turbinas, descienden
de él, pasajeros aliviados de la muerte: las palabras.

Y en honor a esta tierra mendocina:

“Tonada del otoño”, letra: Jorge Sosa, música: Damián J. Sánchez

No es lo mismo el otoño en Mendoza,
hay que andar con el alma hecha un niño.

Comprenderle el adiós a las hojas
y acostarse en su sueño amarillo.

Tiene el canto que baja la acequia
una historia de duendes de agua,
personajes que un día salieron
a poblarnos la piel de tonadas.

La brisa traviesa
se ha puesto a juntar
suspiros de nubes
cansadas de andar.
Esta lluvia que empieza en mis ojos
no es más que un antojo de la soledad.

Es posible encontrar cada nombre
en la voz que murmuran los cerros.
El paisaje reclama por fuera
nuestro tibio paisaje de adentro.

Ser la tarde que vuelve en gorriones
a morirse de abrazo en el nido
y tener un amigo al costado
para hacer un silencio de amigos.

La tarde nos dice
al llevarse al sol
que siempre al recuerdo
lo inicia un adiós.
Para quien lo ha vivido en Mendoza
otoño son cosas que inventó el amor.

Bibliografía

- BETTELHEIM, B.; ZELAN, K. 1982. *Aprender a leer*. Barcelona: Grijalbo.
COLOMER, TERESA. 1999. *Introducción a la Literatura Infantil y Juvenil*. Madrid: Síntesis Educación.
DEVETACH, LAURA. 1998. *Canción y pico*. (El Ombligo). Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
PLATÓN. 1998. *República*. Buenos Aires: Eudeba.

ROLDÁN, GUSTAVO. 1997. *Dragón*. Ilustración de Luis Scafati. Buenos Aires: Sudamericana.

SÁNCHEZ CORRAL, L. 1999. "Discurso literario y comunicación infantil". Mendoza Fillola, A., y otros. *Literatura Infantil y su didáctica*. Cuenca: U.C.L.M.